



Trabajo final de Grado

Monografía:

Violencia en el noviazgo adolescente: ¿Qué rol tiene la masculinidad hegemónica y que relación guarda con el amor romántico?

Tutora: Asist. Raquel Galeotti

Estudiante: Eduardo Nicolás Silva Piedra. C.I. 4.706.089-7

Universidad de la República, Facultad de Psicología.

Montevideo, Octubre de 2018

Índice:

1. Resumen.....	3
2. Introducción.....	4
3. Consideraciones sobre género y violencia.....	6
4. Masculinidades y violencia.....	8
5. ¿Por qué pensar la violencia en el noviazgo adolescente?.....	14
5.1. VN en liceos de Montevideo. Desde la experiencia.....	18
6. El amor Romántico como posible explicación. El rol de la masculinidad.	20
7. Consideraciones finales.....	23
8. Referencias bibliográficas.....	26

1- Resumen:

La violencia en el noviazgo es un tema de gran relevancia social y un problema de salud pública. Es de suma importancia prestar atención a la misma en la adolescencia dado que es en este momento de la vida donde los jóvenes tienen sus primeras relaciones afectivas, y pueden desarrollar conductas que pueden ser mantenidas en el tiempo o empeorar en vínculos afectivos futuros. Por otro lado las evidencias demuestran que los adolescentes tienen naturalizadas muchas conductas violentas que dificultan aún más el estudio de esta problemática.

El siguiente trabajo realiza una revisión bibliográfica de lo producido principalmente en los últimos cinco años acerca de la temática, poniendo especial atención en el rol de la masculinidad hegemónica en el desarrollo y el mantenimiento de vínculos violentos en relaciones de noviazgo. Asimismo, pone énfasis en el amor romántico como posible factor causal de la violencia en el noviazgo, reconociendo que en esta temática confluyen otros factores incidentes en la aparición de vínculos violentos.

Palabras clave: violencia en el noviazgo; masculinidad hegemónica; amor romántico.

Abstract:

Dating violence is a subject of great social relevance and a public health problem. It is of utmost importance to pay attention to it in adolescence since it is at this moment of life where young people have their first affective relationships and can develop behaviors that can be maintained over time or worsen in future affective bonds. On the other hand, the evidence shows that adolescents have naturalized many violent behaviors that make it even more difficult to study this problem.

The following work makes a bibliographic review of what has been produced mainly in the last five years about the subject, paying special attention to the role of hegemonic masculinity in the development and maintenance of violent ties in dating relationships. Likewise, it emphasizes romantic love as a possible causal factor of violence in courtship, recognizing that in this issue other incident factors converge in the appearance of violent ties.

Key words: Dating violence; hegemonic masculinity; romantic love.

2- Introducción

La Organización Mundial de la Salud define la violencia como:

El uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones (OMS, 2002, s/p).

La definición de la OMS es muy amplia ya que abarca la violencia interpersonal, así como también la autoinflingida y los conflictos armados. Por otro lado, va más allá de los actos físicos incluyendo también amenazas e intimidaciones. Además de incluir consecuencias del tipo físico, también pone énfasis en aquellas que en ocasiones pueden no ser tan notorias como: los daños psíquicos, las privaciones y deficiencias del desarrollo, que afectan el bienestar de los individuos, familias y comunidades que son víctimas de situaciones violentas.

El informe sobre violencia desarrollado por la OMS utiliza una tipología de violencia que divide los comportamientos violentos en diferentes categorías, estas de acuerdo a: 1) quién ha cometido el acto violento, 2) quién es la víctima y 3) a qué tipo de violencia fue sometida. Es así que se reconocen los siguientes tipos de violencia: autoinflingida –comportamientos suicidas y autolesiones-; violencia colectiva –social, política y económica- y violencia interpersonal –violencia familiar, que incluye menores, parejas y ancianos; así como violencia entre personas sin parentesco-, es dentro de este último grupo que se incluye a la violencia en las relaciones de noviazgo (OMS, 2002).

La violencia en el noviazgo (VN) se ubica como una manifestación de violencias basadas en género (VBG) siendo esta última definida por Ward (2002) como:

(...) cualquier daño a otra persona perpetrado contra su voluntad, que tiene un impacto negativo sobre su salud física o psicológica, sobre su desarrollo y sobre su identidad, y que es el resultado de las desigualdades genéricas de poder que explotan la distinción entre hombres y mujeres, en hombres y mujeres (...) (Ward, 2002 en Castro 2012 p. 27).

Los primeros estudios sobre VN se realizaron en Estados Unidos en la década de los 80, siendo Makepeace (1981) su pionero quien observó la necesidad de abordar de manera específica este tipo de violencia y pensarla como otro tipo con características propias.

El estudio de la VN en la edad adolescente es bastante escaso. El país con más publicaciones e investigaciones en torno a la VN adolescente es Estados Unidos y siendo el idioma predominante el inglés, seguido del español y el portugués. En la actualidad los

estudios en torno al tema se han incrementado en Latinoamérica (López-Cepero, Rodríguez, Rodríguez y Bringas, 2014).

Castro (2012) define la VN como aquella que ocurre en una relación de pareja, donde existe un vínculo afectivo, con la particularidad de que los integrantes de la misma no conviven de forma regular bajo el mismo techo, y que por lo tanto no existe una relación de dependencia económica permanente. Este último punto la diferencia de otros tipos de violencia como la de pareja también denominada conyugal.

La VN se manifiesta de diversas formas: física, psicológica, verbal, patrimonial y sexual (Vizcarra, Poo y Donoso, 2013). Estas distintas formas de ejercicio no se dan de manera aislada, sino que se conectan y se relacionan entre sí. De acuerdo con una investigación realizada por O'Leary y Smith Slep (2003) en Estados Unidos, el primer tipo de violencia que se exhibe es la del tipo psicológico. En base a esto, los autores afirman que si no se pone un alto a esta situación se pasa a la agresión física y ésta última tiende a ser estable durante el resto de la relación. En esta misma línea, investigaciones más recientes muestran resultados similares, coincidiendo en que el tipo de violencia que aparece con más frecuencia en noviazgos adolescentes es la del tipo psicológico (Pazos, Oliva y Gómez, 2014; Redondo, Inglés y García, 2017).

Pazos et al., (2014) destacan que la VN ocurre de forma independiente con respecto a la edad, el sexo y la orientación sexual. Aun así es necesario poner especial énfasis en la edad adolescente, dado que los resultados de diversas investigaciones muestran que la prevalencia de la misma es alta en esta etapa.

La VN es menos estudiada que la violencia conyugal, esto podría deberse, entre otros factores, a la dificultad que presentan los adolescentes al momento de reconocer que están viviendo situaciones de violencia. Algunos resultados muestran que los jóvenes tienden a interpretar algunas situaciones violentas como demostración de afecto o hasta como conductas lúdicas, un ejemplo claro de esto son los celos y el control (Vizcarra et al., 2013; González y Santana, 2001 y Rubio-Garay, Carrasco, Amor y López-González, 2015). Palumbo (2017) expresa que la violencia no es vista en términos negativos por los adolescentes, sino que en varios casos puede ser percibida como un modo de alcanzar complicidad y satisfacción recíproca, es decir, que encuentran erotismo en un vaivén entre el registro de lo homogéneo y lo heterogéneo. Algunas de las escenas que comienzan con agresiones pueden dar lugar al placer, aunque también puede ocurrir a la inversa. Por otro lado, es en esta etapa de la vida en que los adolescentes tienen sus primeras relaciones de pareja, por lo tanto la falta de experiencia podría fortalecer aún más lo mencionado con anterioridad. Una investigación demuestra que existe un alto grado de naturalización de la

violencia en la edad adolescente, 28% de los jóvenes que participaron de la misma aseguraron que se trataba de algo normal (Beserra, da Cruz, Domingues, Scatena, Pereira y das Gracias, 2015). Otra razón por la cual la VN adolescente pasaría desapercibida se debe a que el maltrato es asociado muchas veces a parejas casadas y con hijos, existiendo una desvalorización de las relaciones amorosas adolescentes, donde algunos problemas son percibidos como “cosas de la edad”, o como exageraciones (Aguilar, 2010).

Si bien muchas investigaciones apuntan a que son los hombres quienes más ejercen violencia en parejas adolescentes heterosexuales, otras indican que esta situación se está igualando cada vez más o incluso revirtiendo. Algunas de las investigaciones (la minoría) optan por no considerar la diferenciación por sexo (López-Cepero et al., 2014), mientras que otras indican que no existe evidencia empírica con respecto al sexo de los agresores (Pazos et al., 2014).

3- Consideraciones sobre género y violencia

Money y Stoller comenzaron, a partir de la década del 50, a hablar de forma distinta de los términos sexo y género (gender). Este segundo concepto hace referencia, a lo que se espera de una persona en base a su genitalidad o lo que en otros países se denomina como sexo cultural (López y Güida, 2000).

Scott (como se citó en López y Güida, 2000) expresa que el género es un primer modo de dar significado a las relaciones de poder. El mismo implica cuatro elementos: un nivel simbólico, refiere a los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones simbólicas. En segundo lugar, conceptos normativos que evidencian las formas de interpretar los símbolos y limitan las posibilidades metafóricas. En tercer lugar refiere a la construcción a través de las instituciones, familia, economía, organización política y en cuarto lugar la construcción de la identidad subjetiva.

Desde esta perspectiva el género es una categoría construida social, cultural e históricamente que define lo que es masculino y lo que es femenino para una determinada cultura.

El género como construcción, debe ser aprendido y adquirido por los individuos, no se trata de algo innato. El proceso de construcción de las formas de ser hombre y de ser mujer se denomina socialización. Keijzer (2006) afirma que se trata de un proceso de incorporación de formas de presentarse en el mundo. Esto no solo ocurre durante la infancia, no se adquiere de una vez y para siempre, al ser aprendido también puede ser

modificado. “El aprendizaje de género es una de las más importantes y primeras lecciones que nos enseñan, la familia, la escuela, las distintas religiones y la sociedad en la que vivimos” (EMAKUNDE, 2008, p. 21).

En los mecanismos de socialización, juegan un rol muy importante los modelos de hombres referentes de masculinidad disponibles, el entorno familiar es de suma importancia para el pasaje a formas de masculinidad más igualitarias. Un modelo de padre igualitario puede ser para los niños un referente de una masculinidad más asociada al cuidado y más comprometida (EMAKUNDE, 2008). En esta misma línea Connel (2003) resalta la importancia de las madres, amigas, hermanas, en la formación de los distintos tipos de masculinidades.

La importancia de la socialización es tan grande que sobre esta incorporación del género se forman los rasgos fundamentales de la identidad personal.

“El género es la categoría organizadora central de nuestra psique, el eje alrededor del cual organizamos nuestra personalidad” (Kaufman, 1997, p4).

Este proceso de socialización es muy eficaz, y su eficacia radica en que la exigencia de cumplir con las normas es universal pero matizada por la concepción sexista de construcción social, de esta forma se premia a quienes cumplen con las normas y a quienes no se los excluye (EMAKUNDE, 2008). Marques (como se citó en López y Güida, 2000) expresa que la consigna dada a los varones en el proceso de socialización es la siguiente: “ser varón es importante” y por otro lado “debes demostrarlo”.

En nuestra sociedad la socialización trae consigo consecuencias negativas tanto para hombres como para mujeres. El sexismo es un limitador, y reduce las posibilidades de las personas de desarrollar su libertad individual y colectiva. A esto se le denomina socialización sexista. La misma discrimina y oprime a las mujeres, al tiempo que limita a los hombres (EMAKUNDE, 2008) en el entendido que si bien los hombres presentan beneficios por el simple hecho de formar parte del sexo considerado socialmente como dominante, esto también trae sufrimiento ya que los mandatos de masculinidad los limitan, al tiempo que son imposibles de cumplir y en varios casos estos se contradicen entre sí. En este sentido, García et al. (2017) demostraron que el sexismo favorece la invisibilización de la violencia en las relaciones de pareja, principalmente en las relaciones de pareja adolescentes ya que los mismos tienen más dificultades para reconocer la violencia. Otra investigación, en cambio, contradice estos resultados, ya que no se encontró evidencia empírica que dé cuenta del sexismo como predictor de violencia en relaciones de pareja,

encontrando que este solo explicó el 3% de los casos en un contexto multicultural (Aronso, Ibabe, Aronso y Elgorriaga, 2017).

En cuanto al desarrollo de violencia en relaciones de pareja en noviazgos, Marshall y Collins (como se citó en Pazos, et al., 2014) afirman que generalmente son los varones quienes más agreden a las mujeres. Este hecho puede explicarse por la socialización diferencial de género donde los hombres están habilitados socialmente a agredir como si tuviesen un certificado varonil para ejercer violencia (Borges y Spanó, 2017). Otros resultados demuestran que son las jóvenes quienes suelen agredir con más frecuencia de manera verbal-emocional y física, mientras que los hombres ejercen con más frecuencia violencia del tipo relacional y sexual (Pazos, et al., 2014; Celis y Rojas, 2015). Estos resultados son congruentes con los obtenidos en otras investigaciones realizadas en otros países (Hird, 2000; Sears et al. como se citó en Pazos, et al., 2014). Lo anterior se va revirtiendo progresivamente al punto de que a la edad de 19 o 20 años no se perciben diferencias en cuanto al sexo del agresor o la víctima (Beserra, et al., 2015). Una posible explicación a los altos niveles de violencia emocional-verbal y física por parte de mujeres podría estar relacionada con la infravaloración que los varones suelen realizar sobre su propia agresión, en contraste con la mayor capacidad introspectiva de las mujeres para recordar los episodios de agresión ejecutados por ellas, en este mismo sentido la agresión femenina es tolerada y no es juzgada, o por lo menos no de la misma forma que la ejecutada por los hombres (Pazos, et al., 2014).

Garaigordobil, Aliri y Martínez-Valderrey (2013) sostienen que los varones suelen justificar con más frecuencia sus actos violentos con respecto a las chicas, teniendo la culpa un mayor peso en estas por cometer agresiones. Por otro lado, existen investigaciones que indican que adolescentes –tanto chicos como chicas- con ideas tradicionales con respecto a los roles de género son más propensos a aceptar la agresión en la pareja, y que la mujer sea la agredida y el varón el agresor, tanto física, como psicológica y sexualmente, destacando de esta forma la importancia de los factores socioculturales (Ulloa, Jaycox, Marshall y Collins como se citó en Pazos, et al., 2014).

4- Masculinidades y violencia

Los estudios sobre masculinidades son muy recientes dentro del campo de los estudios de género. Si bien en las publicaciones sobre feminismo aparece la figura masculina, el análisis de las condiciones de los hombres no es estudiado en profundidad hasta hace poco tiempo (Keijzer, 2006).

Bonino (2003) define la masculinidad como un término con diversos significados. Entiende a la misma como la forma aceptada por la sociedad como correcta de ser hombre y se configura en oposición a la femineidad y a lo femenino. En este sentido coincide con Bandinter (como se citó en Moreno, 1994), quien plantea que en lugar de definirse en términos afirmativos, es decir por lo que es, la masculinidad se define por lo que no es, por lo cual ejercer la masculinidad de forma correcta significa no ser femenino. En la misma línea, Stoller (como se citó en López y Güida, 2000) afirma que el primer mandato para un hombre es no ser una mujer. Bandinter (como se citó en Moreno, 1994) agrega que, además de no ser una mujer, existen otros dos mandatos de suma importancia para un hombre: no ser un niño y no ser un homosexual. En este marco se refiere a una categoría que de forma más o menos coherente establece discursos sociales que explican cómo debe actuar un hombre y cómo no hacerlo considerando que estos discursos son en ocasiones contradictorios y casi imposibles de cumplir, lo que genera sufrimiento y angustia (Bonino 2003).

Hay quienes afirman que no existe una única forma de ejercer la masculinidad por lo tanto resulta pertinente hablar de masculinidades en plural. Connel (como se citó en López y Güida, 2000), en base al análisis de la producción de las últimas décadas sobre masculinidad, indica que existen diversas construcciones del género en diferentes culturas y de acuerdo a los distintos momentos históricos, esto significa que existen diferentes formas de masculinidad, incluso dentro de la misma cultura. A su vez estas distintas masculinidades tienen un ordenamiento jerárquico, con la presencia de un modelo hegemónico que funciona como vehículo de poder, esta puede ser o no la forma de masculinidad predominante en ese contexto. Las instituciones y los grupos, de la misma manera que los individuos, generan y sustentan estas diferentes formas de masculinidad. Al hablar de distintos tipos de masculinidades no es correcto pensarlas como estados homogéneos, estas presentan contradicciones, existiendo tensiones entre los deseos de los individuos y las prácticas.

De acuerdo con Connel (2003), las masculinidades son construidas históricamente, lo que indica que también pueden ser reconstruidas y modificadas, como resultado de diversos procesos de género y de interacciones sociales. Cabe destacar que la dominación masculina, está presente en todas las culturas (EMAKUNDE, 2008).

En cada cultura existe una idea predominante de masculinidad, un conjunto de valores que conforman la identidad masculina aceptada como más natural, o más correcta (EMAKUNDE, 2008). Otras formas de masculinidad son denominadas emergentes, estas refieren a: 1) Masculinidades subordinadas, la principal representante de este tipo es la

masculinidad gay, esta se encuentra en una posición de subordinación ya que la homosexualidad es ligada a lo femenino, por lo tanto a lo posible de dominar. 2) Masculinidad cómplice, son muy pocos los hombres que logran cumplir con los mandatos de masculinidad en su totalidad, pero muchos buscan cumplir la mayor cantidad posible, esto les asegura ciertos privilegios, siendo el principal de ellos el dominio sobre lo femenino. 3) Masculinidades marginadas, hace referencia a las relaciones que existen entre los hombres que no pertenecen al grupo dominante en una determinada cultura. Este es el caso de las personas negras. Si bien existen referentes negros, como atletas por ejemplo, que representan los estándares de la masculinidad hegemónica, esto no es generalizable a todos los hombres negros, quedando estos colocados en una posición de marginación e inferioridad frente a los hombres blancos (Connell. 1997). López y Güida (2000) expresan que estas últimas giran en torno a la masculinidad considerada como más natural, ya sea por identificación con ella o por rechazo.

El modelo aceptado como más correcto o natural, se denomina masculinidad hegemónica. Bourdieu (como se citó en Bonino, 2003) la define como una configuración que busca normativizar las prácticas sociales para los varones. Es la predominante en nuestra cultura patriarcal y tiene variaciones, pero a su vez conserva una estructura común. Se relaciona con el dominio y el control, está construida socio históricamente y surge como resultado de los procesos de organización social de las relaciones mujer/hombre a partir de una cultura donde el hombre es el dominante, mientras que la mujer se encuentra en una posición de subordinación. Un elemento clave para mantener el reinado de esta forma de masculinidad es la naturalización de mitos acerca de los géneros, construidos para hacer legítima la dominación del hombre y la desigual distribución del poder. Mediante esta naturalización se muestran como verdaderas una serie de falacias sobre el ser, el deber y los saberes. Se recogen de esta forma todas las ideas consideradas de mayor valor social y les son atribuidas a los hombres.

Hablar de género supone considerar la dimensión de las relaciones de poder. El sistema patriarcal otorga privilegios y superioridad al hombre mientras que deja en una posición de subordinación a la mujer. Además, por otro lado existen relaciones de poder intragénero, masculinidades que dominan a otras que se encuentran al margen y subordinadas y que se alejan del modelo hegemónico, que de acuerdo con lo considerado socialmente es la forma correcta de ser hombre (López y Güida, 2000). Por esta misma línea, Kaufman (1997) dice, “el patriarcado existe no sólo como un sistema de poder de los hombres sobre las mujeres, sino como jerarquías de poder entre distintos grupos de hombres y también diferentes masculinidades.” (p.4).

El poder puede ser conceptualizado de distintas formas. La manifestación más negativa de este refiere a la posibilidad de imponer el control sobre otros. Siguiendo a Kaufman (1997), el concepto de poder que utilizan los mandatos de masculinidad refiere al control de todo lo que está alrededor. Equiparar el poder con la dominación es la visión actual de la sociedad patriarcal.

“La experiencia del poder en los hombres se interioriza desde el proceso de socialización. Encuentran el primer referente de qué es el poder, cómo y quién lo ejerce en la propia familia patriarcal”. (EMAKUNDE, 2008, p. 27). A una edad muy temprana, el niño interioriza las estructuras de género, por lo tanto la fijación de esto en la identidad se da de una forma muy profunda.

Kaufman (como se citó en EMAKUNDE, 2008) afirma que el poder social que le es atribuido y es interiorizado por los hombres les aporta muchos privilegios individuales, pero también les aporta una experiencia individual de dolor, sufrimiento y alienación. El hecho de ser capaces de reconocer ese dolor y ese sufrimiento permitirá entender el carácter complejo de las diferentes formas de masculinidad, sobre todo de la masculinidad hegemónica. Siguiendo este pensamiento, Moreno (1994) expresa que el sistema patriarcal oprime y provoca sufrimiento tanto a hombres como a mujeres, esto no significa que se esté equiparando el sufrimiento de uno al del otro, sino que se trata de reconocer que ambos sufren de diferentes formas.

Los hombres son educados bajo la consigna de “0” emociones. De acuerdo con el mandato, deben ser fuertes, rudos, duros. Frases tales como: “los hombres no lloran”, “tienes que ser fuerte” o “eso es de niñas” son una prueba de que en los mandatos de masculinidad no existe lugar para las emociones. Si un hombre es empático, sensible, se muestra vulnerable, sabe consolar y no es competitivo, de manera automática queda por fuera del modelo de masculinidad (EMAKUNDE, 2008) En este sentido, Keijzer (2006) habla de la noción de invulnerabilidad en los varones que remite a la idea de que nada puede con ellos, de que son invencibles.

La falta de inteligencia emocional se encuentra en muchas ocasiones como trasfondo de las adicciones y de las violencias con el impacto negativo que implica tanto para las relaciones sociales como para la economía familiar (Keijzer, 2006).

Varios autores refieren a la masculinidad como concepto de riesgo, que se puede medir en tres aspectos. Riesgo hacia la mujer, que se ve expresado a través de diversas formas de violencia y abuso, fecundidad impuesta, paternidad ausente, entre otras conductas. Por otro lado, violencia entre hombres, por ejemplo, accidentes, homicidios, lesiones. Y

finalmente constituye un riesgo para el propio sujeto, a través del suicidio, el alcoholismo y consumo de drogas, enfermedades psicosomáticas y diversas formas de descuido del cuerpo.

González (2012) plantea que en todas las culturas existen eventos que marcan el pasaje de la adolescencia a la adultez y que estos permiten la consagración de la masculinidad. En las culturas denominadas primitivas, existen complejos rituales que tienen que ver con la demostración y la reafirmación de la masculinidad. Estos rituales tienen en común el hecho de que representan riesgos para la vida de quienes los llevan a cabo. En la cultura occidental existe ausencia de rituales complejos o claramente definidos a realizarse para pasar de la adolescencia a la adultez, pero aún en ausencia de rituales claros, la necesidad de demostración de masculinidad no desaparece. Los adolescentes comienzan a llevar a cabo conductas que implican un riesgo para su salud o su vida. Algunas de estas conductas están relacionadas con el consumo de sustancias tóxicas, ya sean legales o ilegales. En un estudio sobre prevalencia de violencia en noviazgos adolescentes y consumo de sustancias, los resultados apuntaron a que, a mayores niveles de consumo de sustancias – legales o ilegales- se incrementaba la probabilidad de ejercer agresión física, la cual no presentó una diferencia significativa entre hombres y mujeres (OR = 2,44 y 2,73 para varones y mujeres, respectivamente). Además, los resultados apuntarían a que la probabilidad de ejercer violencia del tipo sexual, también se vería incrementada, en este caso la probabilidad de ejercicio de la misma es mayor para los hombres, mientras que para mujeres no fue significativa (2,45 y 2,74 en hombres con consumo medio y elevado de sustancias respectivamente). En cuanto a la agresión psicológica no se observó relación entre consumo y este tipo de violencia. Por otro lado, los adolescentes que manifestaron un nivel más elevado de consumo de sustancias informaron que eran ellos quienes iniciaban más frecuentemente los episodios de violencia (Muñoz-Rivas, Gámez-Guadix, Graña y Fernández, 2010).

La asociación entre los términos masculinidad y violencia es casi automática. Dentro del imaginario social esta asociación está naturalizada. La violencia aparece como un elemento que diferencia a los hombres de las mujeres. Como si solo los hombres ejercieran violencia y las mujeres fuesen víctimas. Esta especie de condena podría propiciar la aparición de violencia en las relaciones de noviazgo en la etapa adolescente (Borges y Spanó, 2017).

En este contexto son escasas las producciones con respecto a la perspectiva de los varones adolescentes con respecto a la VN. En una investigación de carácter cualitativo realizada por Cecchetto, Moreira, Njaine y de Souza (2017) en diez ciudades de Brasil se buscó explorar la perspectiva de los adolescentes hombres con respecto a la VN. Dentro de

los aspectos más destacables se encuentra que en el discurso de los jóvenes siempre aparecen situaciones ocurridas en parejas conocidas pero no en las suyas, esto podría estar asociado a la idea de que la violencia dentro del mismo vínculo no es percibida por los adolescentes, y varias conductas son naturalizadas. Dentro de las causas que desatan las situaciones violentas en los noviazgos los adolescentes resaltan los celos, uno de los mitos del amor romántico (Giddens, 1992). Los celos como impulsores de la violencia aparecen también en una investigación de Bard (2018), donde un joven de 23 años expresa que una mujer no puede salir de “joda”, ya que eso significa que no siente amor por su pareja. En base al discurso de los adolescentes, la segunda causa desencadenante de VN es la ingesta de alcohol (Cecchetto, et al., 2017).

El tipo de violencia más percibido por los jóvenes es la del tipo físico, muchos estudios indican que la forma de violencia más frecuente es la del tipo psicológico, pero esta podría ser una forma de violencia difícil de identificar por parte de los adolescentes o en algunas condiciones podría no ser considerada violencia (Cecchetto, et al., 2017).

Los adolescentes varones que formaron parte del estudio reconocen que la mujer también puede ser agresora en las relaciones de noviazgo, de hecho algunos relatan situaciones en las cuales fueron golpeados por sus novias, principalmente a causa de celos. La violencia ejercida por la mujer es percibida como una violencia débil y poco dañina. No se describe como algo malo el hecho de que una mujer golpee a un hombre, en ocasiones hasta se habla de que la misma tiene derecho a golpear a su pareja. Esto estaría relacionado con la idea de que los hombres siempre deben mostrarse fuertes y ser superiores físicamente a las mujeres, mostrarse débiles ante el golpe de una mujer los haría parecer vulnerables y no estarían haciendo valer su masculinidad (Cecchetto, et al., 2017). Si bien la percibida como más frecuente dentro de las violencias fue la del tipo físico, la más puesta en palabra por los adolescentes fue la psicológica. Las experiencias de engaños por parte de las mujeres a los hombres son vistas como una agresión muy grave, claramente un daño a su masculinidad. En su discurso aparece la idea de que traicionar no es violento, a menos que lo haga una mujer, esto asociado a mitos de amor romántico, donde la mujer es una posesión del hombre. En otro estudio, varios de los entrevistados coinciden en que el hombre si puede estar con muchas mujeres, y lo ven como una necesidad biológica, expresando que esa es la razón por la que existe la prostitución (Bard, 2018). Por otro lado, el sexo forzado, es decir la violencia sexual, fue repudiada por los jóvenes aunque expresaron que es algo muy común en las relaciones de noviazgo. En su discurso, los jóvenes repudian la violencia contra las mujeres pero suelen decir que cuando una mujer es agredida es porque hizo algo que no debía hacer (Cecchetto, et al., 2017).

5- ¿Por qué pensar la violencia en el noviazgo en la adolescencia?

El término adolescencia es un concepto que ha generado debate dado que existen varias concepciones por lo cual se considera más adecuado utilizar el término en plural.

Connel (2003) plantea que la adolescencia no es una etapa fija en el desarrollo de las personas, sino que al contrario, se trata de un terreno diverso donde existen muchos encuentros con sus pares o con el mundo adulto.

Hall introduce el concepto en las ciencias sociales un siglo atrás. Se caracteriza por ser esencialista dado que considera a la adolescencia como un estado biológicamente determinado dentro de un ciclo de desarrollo humano que es fijo. Al mismo tiempo, Freud la definía como un estado particular del desarrollo psicosexual posterior a la latencia creando así la idea desde el psicoanálisis de una secuencia normativa del desarrollo (Silverman citado en Connel, 2003).

Algunos psicólogos, más adelante, se alejaron del determinismo biológico de las concepciones anteriores, pero no fue abandonada la idea de etapa. Erickson (como se citó en Connel, 2003) definió la adolescencia como la etapa de crecimiento donde aparecen los problemas de identidad. Inhelder y Piaget (como se citó en Connel, 2003) la conceptualizan como un estado o etapa culmine en el desarrollo de la inteligencia, donde las “operaciones formales” predominan, transformando la capacidad de las personas para enfrentarse y comprender el mundo.

Hall y Jefferson (como se citó en Connel, 2003) refieren a la adolescencia no como etapas tempranas del desarrollo, sino que lo hacen en oposición al mundo adulto.

Otras investigaciones plantean que la adolescencia y la juventud son categorías construidas socioculturalmente en la historia reciente por discursos profesionales, políticas estatales y el crecimiento de instituciones como la educación secundaria (Connel, 2003). En este mismo sentido, López (2005) expresa que la adolescencia como etapa vital y con características propias, surge en la modernidad. El objetivo central de este concepto es la necesidad de tener una etapa que se ubique entre la niñez y la adultez, que favorecería el retraso de la reproducción en las mujeres y posibilitaría la capacitación de los varones para la inserción en el mundo laboral. Por un lado las mujeres se prepararían en esta etapa para su rol de madre y esposas y los hombres se capacitarán para entrar al mundo público, social. Por lo tanto aparece la idea de adolescencia como un momento de preparación, momento en el cual los roles de género se establecen con mayor fuerza.

Fernández citado en López (2005) expresa:

(...) en la adolescencia, también invención de la modernidad, puede observarse un interesante entrecruzamiento entre clase y género. Los hechos históricos que puntúan la aparición de la adolescencia son distintos para los niños que para las niñas, dentro de ellos, primero se adoletizan los niños de las clases burguesas y nobles que los sectores populares. (López, 2005, p. 28)

Amorín (2010) coincide en este punto con López al decir que se trata de una construcción de la modernidad, y por otro lado propone que si bien se trata de un fenómeno moderno, la visión desde el mundo adulto sobre este momento del desarrollo parece tener similitudes a lo largo de la historia, siendo visto siempre como un momento lleno de conflictos y en contraposición al mundo adulto. El autor plantea que en el siglo VI a.C. Hesiodo deploraba en los jóvenes sus pasiones, ligereza e incompetencia.

Salazar (como se citó en Amorín, 2010):

(...) la adolescencia que occidente ha inventado se caracteriza por su larga duración, su indeterminación, su carga de conflictos y la grosera asincronía entre la madurez sexual y la madurez social" (Salazar, 1995 en Amorín, 2010, p. 124).

Si bien Amorín (2010) está de acuerdo con la cita anterior, el autor plantea que lo correcto sería hablar de adolescencias, ya que existen diversas adolescencias que son definidas en especial por los fenómenos subculturales, en tanto se trata de un producto y construcción socio-cultural.

Amorín (2010) concibe a la adolescencia como una categoría evolutiva con derecho propio donde se dan diferentes dinamismos psicosociales y que se caracterizan por ser extremadamente específicos. Resalta la importancia de no concebir a la adolescencia como el mero pasaje entre los dos grandes momentos del desarrollo denominados infancia y adultez. Dicho autor expresa que la adolescencia como categoría presenta varios momentos, de esta manera habla de adolescencia temprana, que va desde los 8 o 9 años hasta los 15, aquí existe un mayor énfasis en lo biológico, y además está compuesta por diferentes sub-fases, la pre-pubertad que está comprendida entre los 8 y los 10 años, la pubertad de 10 a los 14 años y la adolescencia temprano propiamente dicha entre los 14 y los 15 años; adolescencia media, desde los 15 a los 18 años, donde existe un mayor énfasis en lo psicológico; y la adolescencia tardía, desde los 18 a los 28 años donde el énfasis está puesto en lo socio-cultural.

Es importante detenerse a pensar la VN en la adolescencia, ya que es muy probable que este tipo de violencia se potencie en esta etapa de la vida debido a, como se expresó antes, la poca o inexistente experiencia de los y las adolescentes en relaciones de pareja y los

ideales y fantasías existentes en torno al amor romántico y sus manifestaciones (Xóchitl, Sánchez y Robles, 2013). Muñoz-Rivas et al. (2010) afirman que para muchos adolescentes (principalmente mujeres) es muy difícil abandonar vínculos de pareja cuando lo desean, en muchos casos esto podría ser explicado por el miedo al fracaso amoroso y a perder los beneficios de estar en pareja.

Investigaciones realizadas en los últimos años en España indican que la VN es un fenómeno muy presente en la adolescencia con evidencia en la utilización de conductas violentas como forma de resolver conflictos. Un estudio realizado por Díaz-Aguado y Carvajal (como se citó en Pazos, et al., 2014) indica que 13% de los varones reconoce haber ejercido violencia contra su pareja y 9,2% de las chicas expresa que ha sufrido alguna vez maltrato físico o psicológico por parte de alguna pareja.

Varias investigaciones sobre VN adolescente arrojan resultados que indican una predominancia de agresiones del tipo psicológica por sobre las físicas, además de ser las psicológicas más prolongadas en el tiempo (Pazos, et al., 2014; Rey-Anaconda, Martínez y Lodoño, 2017; Rubio-Garay et al., 2015 y López-Cepero et al., 2014). Mientras que las del tipo psicológico representan un 62%, a las de tipo físico les corresponde un 46% (Cáceres 2004; Muñoz-Rivas et al., 2007; O'Leary y Smith Slep, 2013 citado en Pazos, et al., 2014). Estos porcentajes se ven potenciados en la edad adulta, una investigación sobre violencia conyugal obtuvo como resultado que el 96% de las mujeres que participaron del estudio declararon ser víctimas en algún momento de violencia del tipo psicológico por parte de su pareja, mientras que fueron agredidas físicamente 67% de las mismas y la violencia sexual representó un 10% (Safranoff, 2017). Contrastando la VN adolescente y la violencia conyugal o de pareja, un estudio en Cuba obtuvo resultados similares; 100% de las mujeres participantes expresó ser víctima en alguna oportunidad de violencia psicológica, 62,4% de violencia física y 97,6% manifestó sufrir violencia sexual, siendo este último un porcentaje bastante elevado con respecto a otros estudios (Ventura, Cervera, Díaz, Marrero y Pérez, 2005).

La violencia del tipo psicológico se ve potenciada en la vida adolescente debido al acelerado desarrollo de las redes sociales, un mundo donde los adolescentes pasan gran parte del tiempo. Estas tecnologías abren paso a nuevos tipos de control, para saber la ubicación de alguien solo basta con observar un dispositivo. López y Prieto (2014) corroboraron la existencia de las formas más tradicionales de violencia como ser el control y los celos, ocultas bajo una máscara cibernética en las relaciones de noviazgo de los adolescentes. Encontraron que el 59,4% de las y los participantes del estudio reconocieron preguntar a sus parejas por sus amistades de Facebook, además de eso el 59% de la

muestra busca controlar las interacciones de sus parejas, mientras que el 27,2% expresó que creó perfiles falsos para ser aceptado por sus parejas y así poder controlarlos. Los jóvenes sienten, se comunican y viven sus relaciones en las redes sociales. La intimidad de las parejas queda socializada, pasa de ser una comunicación de a dos a una comunicación social. Una de las principales pruebas de la unión entre redes sociales y afectividad es el “estado sentimental” en redes como Facebook, esto casi siempre acompañado de fotos con frases que fortalecen algunos mitos en torno al amor romántico, como ser el de la propiedad privada. (Estébanez, 2012)

Con respecto al control mediante dispositivos tecnológicos una investigación realizada por Estébanez (2012), obtuvo como resultado que chicos y chicas perciben diferencias en cuanto al grado de violencia que representa el ítem “Te hace más de 10 llamadas al día” (Estébanez, 2012, s/p), por un lado los chicos lo consideran violento en un 76,3%, con un grado de violencia de 2,64 sobre 5, mientras que solo un 37,3% de las chicas lo considera violento, y quienes así lo hacían solo le otorgaban un grado medio de 0,95 sobre 5. Una posible explicación a esto podría ser la intolerancia de los chicos a ser controlados, los mandatos de masculinidad indican que nadie debe mandar a un hombre, mientras que las chicas aparecen como más vulnerables, por lo tanto necesitarían protección, todo les indica que si un chico las protege es porque está interesado en ella y es percibido como una actitud romántica.

En Latinoamérica los países que estudiaron de forma más profunda el fenómeno de VN adolescente han sido: Chile, México y Brasil (De León, 2015). Aun así, López-Cepero et al. (2014), en base a una revisión bibliográfica, encontraron que en la mayoría de las investigaciones el énfasis está puesto en las consecuencias y no en la prevención del fenómeno. Por otro lado, los autores encontraron que las muestras en varias investigaciones están formadas exclusivamente por mujeres, quienes son pensadas en varios casos como víctimas, visibilizando así la posibilidad de la existencia de mujeres victimarias. Por otro lado, se encontró que la bibliografía sobre VN adolescente en parejas homosexuales es casi inexistente.

Rubio-Garay et al. (2015) afirman que, principalmente en la adolescencia existen factores de riesgo asociados a la VN que podrían precipitar, facilitar, modular/mediar o inhibir las agresiones y la victimización. Se han identificado más de treinta factores, los cuales pueden ser agrupados en dos grandes grupos: los (inter) personales, asociados a lo biológico, lo psicológico, lo conductual y lo relacional, y los factores situacionales asociados al entorno físico, familiar, histórico, social y comunitario. Entre las variables más estrechamente relacionadas a la VN adolescente se encuentran: a) la justificación de la

violencia, b) la influencia de grupos de pares, c) exposición a violencia ya sea intra o extrafamiliar, d) historia de maltrato físico, psicológico, abuso sexual o patrones negativos de crianza, e) roles de género tradicionales, f) escasas capacidades sociales o comunicacionales, g) imposibilidad de manejar la ira, h) baja autoestima, i) consumo de alcohol u otras sustancias, j) historia personal de agresión, k) la falta de empatía e i) la carencia de apoyo social (Children's Safety Network, 2012; Hendy et al., 2003; Lewisy Fremouw, 2001; O'Keeffe, 2005; Olsen et al., 2010 citado en Rubio-Garay, et al., 2015).

Estudios internacionales ponen de manifiesto una diferencia en cuanto al ejercicio de violencia en relaciones de noviazgos de adolescentes pertenecientes al medio urbano y los pertenecientes al medio rural. En Estados Unidos, son varios los autores que realizaron estudios en torno a esta variable. Bergman (1992) comparó la prevalencia de victimización en estudiantes de secundaria de áreas rurales, sub-urbanas y urbanas. Los resultados obtenidos indicaron que fue mayor el porcentaje de mujeres que declararon ser víctimas de violencia que de hombres (24% y 9,9% respectivamente). El porcentaje de jóvenes de áreas urbanas que ejercieron conductas violentas correspondió a un 54,1%, mientras que el de áreas sub-urbanas representó un 29,1% y áreas rurales un 19,3%. Otros resultados obtenidos algunos años después indicaron lo opuesto al estudio citado anteriormente, se constató que los varones fueron objeto de violencia física más frecuentemente que las mujeres, estas presentaron mayores grados de agresión a la pareja en medios rurales con respecto a los sub-urbanos y urbanos (Spencer y Bryant citado en Rey-Anaconda, et al., 2017). Un estudio Colombiano más reciente demostró que un 48,7% de las muestra expresó haber ejercido violencia hacía su pareja al menos una vez, 42,5% en la zona rural y 52% en la zona urbana, estos porcentajes no indican una diferencia estadísticamente significativa entre los adolescentes de ambas áreas. Los adolescentes de zona urbana obtuvieron un rango promedio de comportamiento psicológico, emocional y físico significativamente mayor que los adolescentes del área rural, así como en la frecuencia general de violencia. Por otro lado los varones de áreas urbanas presentaron un rango significativamente mayor de violencia emocional, psicológica y sexual, así como también a nivel general. No se encontró una diferencia significativa en cuanto a el ejercicio de la violencia física (Rey-Anaconda et al., 2017).

5.1- VN en Liceos de Montevideo. Desde la experiencia

En Uruguay no existe una amplia producción en torno a la VN adolescente, en cambio existen algunos datos recabados por el Ministerio de Desarrollo Social que indican que 7 de cada 10 mujeres en algún momento de su vida padeció VBG (CNCLVD, 2013). Considerando solo la violencia en la pareja los resultados indican que el 23,7% de las

mujeres de 15 años o más declararon ser agredidas por su pareja en alguna oportunidad en los últimos 12 meses (CNCLVD, 2013).

En el año 2016, ANEP, INMUJERES e INAU llevaron a cabo la campaña “Noviazgos libres de violencia: 50 días de reflexión”. La misma fue extendida a todo el país llegando a 13000 adolescentes, las actividades realizadas consistieron en talleres, murales, etc (INJU, 2017). En el año 2017, el Consejo de Educación Secundaria en conjunto con la embajada de Canadá presentaron una campaña titulada “Que quede entre nosotros”. La campaña buscó generar sensibilización en los jóvenes utilizando como herramienta, lentes de realidad virtual 360, siendo esto algo novedoso en este tipo de campañas (CES, 2016).

La escasez de publicaciones uruguayas en torno a la VN adolescente no implica que no existan observaciones en torno a la temática. La experiencia en talleres realizados en diferentes liceos de la ciudad de Montevideo en el marco de la práctica “Talleres de género y diversidad” de la Facultad de Psicología de la UdelaR, en el año 2017, arrojó algunos datos, obtenidos a partir de la perspectiva de los adolescentes. Uno de los más importantes refiere a la naturalización de conductas violentas en sus relaciones de pareja, lo que se corrobora con varias investigaciones reseñadas (Beserra et al., 2015; Vizcarra, et al., 2013 y Rubio-Gray et al., 2015). La violencia psicológica aparece como la forma de violencia más frecuente. Dentro de la misma se destaca el control y celos. Los Smartphone son el medio elegido con más frecuencia por los jóvenes para efectuar control sobre sus parejas, tratándose de lo que Estébanez (2012) denomina como control al golpe de click.

Por otro lado, se pudo observar que los adolescentes tienen muy presentes y se rigen bajo los mitos de amor romántico, siendo los principales; el de la media naranja, el de la propiedad privada, el de los celos, el del control, etc. Muchas adolescentes mujeres demuestran tener como fin último y como el mayor logro de su vida el tener una pareja, mientras que los varones tienen ese punto varios casilleros más abajo, lo cual también coincide con lo expresado por Ferrer y Bosch (2013).

Otro resultado obtenido a partir de estas instancias de talleres es la creencia de la mayoría de los adolescentes de que son sólo las mujeres quienes pueden ser víctimas de VN. Solo en algunos casos se mencionó a los hombres como víctimas lo cual podría relacionarse con los mandatos de masculinidad, los hombres deben ser fuertes y no demostrar debilidad ante nada. Este aspecto genera que los hombres desestimen la violencia ejercida por mujeres a sus parejas varones coincidiendo a su vez con lo observado en investigaciones que atienden a la perspectiva de los hombres sobre la VN (Cecchetto et al., 2017 y Bard, 2018).

Por otro lado la VN en parejas homosexuales fue invisibilizada en la mayoría de los casos. Esto podría estar relacionado con el modelo hegemónico de sexualidad, con la heterosexualidad obligatoria, lo que lleva a los jóvenes a pensar en parejas heterosexuales al momento de pensar en relaciones erótico-afectivas, aún cuando la diversidad sexual es vivida con bastante naturaleza por los adolescentes de las instituciones.

Otro emergente surgido en uno de los talleres tiene que ver con la construcción de la masculinidad. A partir de la frase de Simone de Beauvoir “No se nace mujer, se llega a serlo”, varios adolescentes varones estuvieron de acuerdo con la frase citada, pero coincidieron en que solo es aplicable a las mujeres. Pues, de acuerdo a como ellos lo ven, “hombre se nace, no se hace”. Al momento de preguntarles que significa para ellos ser un hombre, no respondieron nada. Esto indica que tal vez jamás se cuestionaron que implica ser un hombre y porque no sería una construcción. Connel (2003) plantea que generalmente los hombres tienen a ver la masculinidad como algo natural, como algo que es como es por su propia naturaleza y que no tiene sentido explicarlo, es así porque se da de esa manera.

6- El amor Romántico como posible explicación. El rol de la masculinidad.

Si bien no existe un solo factor que pueda explicar el ejercicio de la violencia o el mantenerse en vínculos violentos, de acuerdo con algunas investigaciones el concepto de amor romántico, resultado de la modernidad, podría poner luz en la génesis sobre la violencia en el noviazgo adolescente.

Desde la psicología, el amor se ha definido como una emoción o un sentimiento muy complejo (Casullo, 2005 en Rocha, Avedaño, Barrios y Polo, 2017). En resumen, se puede entender el amor como un sentimiento vinculado al apego y al afecto, que dependiendo de las situaciones se puede volver positivo o negativo (Rocha, et al., 2017).

En la antigüedad el amor se definía como una representación de lo místico, paulatinamente se ha llegado a dos formas de amor, por un lado un amor romántico y por otro uno denominado amistad o compañerismo (Rocha, et al., 2017).

Lee (1988) desarrolló seis tipologías amorosas, las cuales divide en dos grupos, estilos primarios y estilos secundarios. Dentro de los estilos primarios se encuentran: 1) Eros; hace referencia a un amor más romántico o pasional, se presentan sentimientos intensos y existe intimidad. 2) Ludus; conocido como amor lúdico, se caracteriza por presentar baja implicación emocional, se afirma que las personas que presentan este tipo de amor no

están en busca de pareja estable. 3) Storge; se define como amor amistoso, lo predominante en este tipo de amor es la intimidad, el compromiso y el compañerismo. En el grupo de las tipologías secundarias se encuentra 1) Manía; está conformado por Eros y Ludus, se trata de un amor obsesivo y existe predominancia de los celos. 2) Pragma; se define como un amor racionalizado, no basado en sentimientos y emociones, está compuesto por Ludus y Storge. 3) Ágape; conformado por Eros y Storge, amor caracterizado por ser desinteresado y altruista, la persona que presenta este tipo de amor, está disponible para dar todo al otro sin esperar nada a cambio, hasta el punto de abandonarse por completo a sí mismo y entregarle todo al otro.

Una investigación realizada en Colombia, demuestra que Eros (76,2%), Storge (62,1%) y Ágape (57%) son las tipologías de amor que definen las relaciones románticas de los jóvenes participantes. El estudio mostró que las mujeres presentan la tendencia a involucrar verdaderamente sentimiento y amor. Se caracterizan por ser amorosas, pasionales y en algunas ocasiones llegan a presentar amor obsesivo (Rocha et al., 2017). Esto último podría relacionarse con el rol tradicional de la mujer de ocuparse de los demás y del cuidado del otro, tal como lo menciona Fernández (1993). Los varones de la muestra no presentaron mucha diferencia con respecto a lo obtenido por las mujeres, pero presentan un componente adicional, la mayoría mantiene presente en su relación de pareja el amor compañero con poco contacto físico (Rocha et al., 2017).

La idea de amor romántico nace en el siglo XVIII, como un híbrido entre el amor pasional e ideales provenientes del cristianismo, se caracteriza por una implicación más duradera y permanente con el objeto amoroso. Esta forma de amor resignifica las relaciones entre los sujetos y le da un giro a lo que se entendía por amor hasta ese entonces (Giddens, 1992). Fernández denomina a este cambio radical “Revolución sentimental de la familia moderna” (Fernández, 1993, p 202). Esta autora plantea que con esta nueva forma de amor la vida de las mujeres se vio afectada. En primer lugar por el surgimiento del hogar y la invención de la mujer-madre, es decir la mujer como un individuo con un único fin, la reproducción y la crianza de los hijos. Lo anterior refuerza aún más la histórica división de sexos, con tareas, sentimientos y necesidades diferentes (Giddens, 1992; Fernández, 1993).

El régimen sentimental instaurado en la modernidad introduce el discurso de la naturaleza femenina frágil, emotiva, dependiente e instintivamente maternal y pasiva. Por otro lado aparece el discurso heroico del amor moderno, con ideas tales como “hasta que la muerte los separe”, “el uno para el otro”, “el amor lo puede todo” (Fernández, 1993).

Giddens (1992) afirma que el amor romántico es un amor feminizado, es decir que pasa a ser asunto de las mujeres, pertenece a su esfera.

La socialización de género en cuanto al amor romántico, se da de forma distinta para hombres y mujeres. Para la mujer las creencias y los mitos sobre el amor romántico se vuelven un proyecto de vida al punto de que un fracaso amoroso podría significar una pérdida muy grave y sufrida (Ferrer y Bosch 2013; Schaefer, 2008; Denmark, Rabinowitz y Sechzer, 2005; Lagarde, 2005; Burns, 2000; Altable, 1998). En cambio, para los hombres existen otros aspectos que ocupan lugares de mayor importancia, por ejemplo lo relacionado al poder, a la fuerza, a la no manifestación de emociones. El amor romántico ocupa un lugar secundario en la vida de los hombres, ya que ocuparse de eso sería demostrar debilidad y por lo tanto dejar de ser un hombre. De acuerdo con el discurso conyugal surgido en el siglo XVIII, al hombre le queda concedida la importancia de la protección a la mujer y esta última queda limitada a una simple praxis social; el cuidado de la familia, la mujer pasa a abandonar o postergar sus metas y aspiraciones personales para ocuparse del cuidado del otro.

Los mitos sobre el amor romántico son las creencias socialmente aceptadas, compartidas y consideradas como naturales con respecto al amor. Los mismos no son racionales, son ficticios, contradictorios e imposibles de cumplir (Ferrer y Bosch, 2013). Dentro de los mitos más relevantes se encuentran; el de exclusividad, de fidelidad, celos, equivalencia, media naranja, etc (Yela, 2003). Los mitos del amor romántico presentan un calado significativo en los jóvenes pertenecientes a una muestra de estudiantes de trabajo social en Nuevo León (México), siendo mayor en hombres, en alumnos o alumnas que practican alguna religión, estudiantes de mayor nivel económico y estudiantes que no tienen pareja. Por otro lado, se identificaron muchos aspectos morales y conservadores, principalmente en la población que expresó practicar alguna religión, esos aspectos relacionados principalmente a la monogamia, la heterosexualidad obligatoria, la responsabilidad, el cuidado del otro y la fidelidad. Es de destacar que el análisis cualitativo también identificó la fuerza de la presencia de los mitos de amor romántico (Rodríguez y Treviño, 2016).

El amor romántico predispone a las mujeres a ser más propensas a ser víctimas en una relación de pareja. Mientras que las mujeres en su infancia son educadas para ser sumisas, pasivas y dependientes, los hombres son educados en la agresividad, el dominio, y la violencia (Cabral y García, 2001). En los mitos del amor romántico queda valorada la dependencia, pero no de forma bilateral, sino la dependencia de la mujer con respecto al hombre. Contrario a lo mencionado con anterioridad Palumbo (2017) afirma que en base a los discursos de los jóvenes que formaron parte de su estudio, no existe asimetría en cuanto al ejercicio de violencia en parejas heterosexuales, sino que cada uno de los miembros ejerce modalidades específicas de violencia. Esto contradice estudios que

mencionan a la mujer como víctima de VN en noviazgos adolescentes en la mayoría de los casos.

Caro y Monreal (2017), utilizando grupos de discusión con jóvenes, obtuvieron resultados que apuntan a que el estilo de amor predominante en las chicas es el ligado al sacrificio y al altruismo (Ágape-Eros), mientras que los chicos prefieren las relaciones más transitorias (Ludus) y priorizan sus necesidades futuras (Pragma).

En el caso de las personas que incorporan el modelo de amor romántico en su relación de pareja y en sus vidas, los niveles de vulnerabilidad aumentan, ya que el modelo propuesto por esta idea de amor falla casi siempre (Lagarde, 2005 y González y Santana, 2001). Para muchas mujeres, romper la pareja es visto como el gran fracaso sus vidas, por lo tanto pueden llegar a tolerar situaciones bastante extremas para no fracasar; esto podría darle respuesta a la pregunta; ¿por qué las mujeres continúan en vínculos violentos cuando no existe dependencia económica? (González y Santana, 2001).

Para los hombres, el amor romántico es un instrumento de poder, permite poseer y controlar a las mujeres, estas son consideradas como objetos en las relaciones amorosas heterosexuales. Pero a la vez, esta forma de amor, es un arma de doble filo, pues los varones se vuelven víctimas de emociones patriarcales tales como los celos, control, la inseguridad y la necesidad de demostrar su masculinidad (lo que implica demostrar su heterosexualidad) en cada práctica y a todo momento (Bard, 2018).

Caro y Monreal (2017) demostraron que la formación en género permite que las jóvenes cambien de forma significativa sus discursos en torno al amor, cuestionando algunas máximas tales como la idea de “el amor para siempre” y reconociendo la existencia de mitos.

7- Consideraciones finales

En base a la búsqueda bibliográfica se logró constatar que no existe gran abundancia de investigaciones en torno a la temática VN adolescente. En Uruguay específicamente la producción es casi nula.

Se encontró que varias de las investigaciones presentan datos bastante diferenciados y variados con respecto al rol de hombres y mujeres en las relaciones de noviazgo con presencia de violencia. Esto podría estar relacionado, tal como lo menciona Castro (2012) con la dificultad para delimitar el objeto de estudio o la dificultad para conceptualizar al mismo en los estudios de violencia en general. De acuerdo con este autor, en el estudio de

violencia tanto las conceptualizaciones como las metodologías empleadas son diversas, lo que podría generar resultados bastante diferenciados.

Se pudo constatar que la perspectiva de los varones acerca de las relaciones de violencia es poco explorada en las investigaciones, encontrándose pocas centradas exclusivamente en el rol masculino. Por otro lado, son prácticamente inexistentes las investigaciones que traten la violencia en el noviazgo en parejas homosexuales, dado que según Pazos et al. (2014) no se trata de un problema únicamente heterosexual.

Las investigaciones no parecen tener un acuerdo claro en torno a quienes son con mayor frecuencia víctimas y victimarios en las relaciones de noviazgo adolescentes. Mientras que algunas de las investigaciones posicionan a la mujer en el rol de víctima y al hombre en el rol de victimario, otras hacen lo opuesto y otras en cambio, consideran que el sexo es indiferente o que no existen pruebas de una influencia real del mismo en cuanto al ejercicio y la recepción de violencia.

Casi la totalidad de los estudios consultados coinciden en que la adolescencia es una etapa clave para estudiar el fenómeno de VN ya que esto permitiría prevenir situaciones de este tipo o hasta revertirlas y evitar que se instalen en las futuras relaciones más duraderas de los jóvenes.

La mayoría plantea la dificultad de los y las adolescentes para reconocer la presencia de situaciones violentas llegando a confundir algunas actitudes con demostraciones de cariño o afecto, algunas de estas actitudes se relacionan con los celos y el control. Resulta importante prestar atención a las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) ya que las actitudes violentas se han extendido a estos medios, lo que podría empeorar las situaciones. Actualmente las redes sociales favorecen algunas manifestaciones de violencia tales como el control, que puede darse de manera continua ya que los dispositivos permiten establecer, incluso, la ubicación de las personas.

Si bien a lo largo de la revisión se reconocen varias posibles causas de VN adolescente como ser; la exposición a situaciones de violencia familiares previas, modos de relacionamiento, causas biológicas, entre otras, una de las más presentes en los estudios son las creencias y los mitos en torno al amor romántico, que de acuerdo con algunos estudios es la forma de amor valorada como más positiva por los jóvenes. Estos mitos llevan a los adolescentes a ejercer violencia y a permanecer en situaciones de violencia, en muchos casos no viendo la posibilidad de salir de estos vínculos. De acuerdo con esta perspectiva las mujeres se mantendrían en posiciones de sumisión y estarían dispuestas a tolerar malos tratos para no terminar con la relación ya que muchas veces ven esto último

como un fracaso. Por otro lado, el hombre parece tener lo que Borges y Spanó (2017) nombran como permiso para ejercer violencia. Él debe mostrar, poder, fuerza y virilidad, por lo que se supone que violentar a su pareja es correcto y necesario.

Es clara la importancia y la necesidad de trabajar con adolescentes acerca de la relevancia y gravedad de esta temática. Si bien en Uruguay y otros países se han tomado medidas para educar en torno a la VN y se han desarrollado campañas de prevención y concientización, aún queda un largo camino por recorrer y por investigar para que tanto adultos como jóvenes puedan identificar este tipo de violencia y sea posible prevenir estas situaciones.

8- Referencias Bibliográficas

- Aguilar, L. (2010). *Manual para la prevención de la violencia: Amor y violencia en el noviazgo*. Instituto estatal de las mujeres. México.
- Altable, C. (1998). *Penélope o las trampas del amor*. Valencia, Nau.
- Amorín, D. (2010). *Cuadernos de Psicología evolutiva, Tomo I. Apuntes para una posible psicología evolutiva*. Montevideo, Uruguay: Psicolibros-waslala.
- Arnoso, A., Ibabe, I., Arnoso, M. y Elgorriaga, E. (2017). El sexismo como predictor de la violencia de pareja en un contexto multicultural. *Anuario de psicología jurídica*, 27, pp. 9-20
- Bard, G. (2018). "Las violencias romantizadas: masculinidades hegemónicas en el capitalismo tardío y heteropatriarcal". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 77, pp. 59-100.
- Bergaman, L. (1992). Dating violence among high school students. *Social Work*, 37(1), pp. 21-27.
- Beserra, M., da Cruz, M., Domingues, M., Scatena, L., dos Santos, T., Pereira, L. y das Gracias, M. (2015). Prevalência de Violência no Namoro entre Adolescentes de Escolas Públicas de Recife/Pe – Brasil. *Revista de Enfermagem Referência*, 4 (7), pp. 91-99.
- Bonino, L. (2003). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers Feministes*, 6, pp. 7-36.
- Borges, D. y Spanó, A. (2017). Symbolic violence among adolescents in affective dating relationships. *Journal of school of nursing. University of Sao Paulo*, 51, pp. 1-8.
- Burns, A. (2000). Looking for love in intimate heterosexual relationships. *Feminism and Psychology*, 10(4), pp. 481-485.
- Cabral, B. y García R., C. (2001). Deshaciendo el Nudo del Género y la Violencia. *Otras Miradas*, 1 (1), pp. 60-76.
- Caro, C. y Monreal, G. (2017). Creencias del amor romántico y violencia de género. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2(1), pp. 47-56.
- Castro, R. (2012). Problemas conceptuales en el estudio de la violencia de género. Controversias y debates a tomar en cuenta. En N. Baca y G. Vélez (Coords.). *Violencia, género y la persistencia de la desigualdad en el Estado de México*. Buenos Aires: Ed. Mnemosyne.

- Cecchetto, F., Batista, Q., Njaine, K. y de Souza, M. (2017). Violências percebidas por homens adolescentes na interação afetivo-sexual em dez cidades brasileiras. *Comunicação saúde e educação*, 20(59), pp. 853-864.
- Celis, A. y Rojas, J. (2015). Violencia en el noviazgo desde la perspectiva de varones adolescentes. *Informes psicológicos*, 15(1), pp. 83-104.
- Connell, R. (1997). La Organización Social de la Masculinidad. En *Masculinidades. Poder y Crisis, Masculinidades*. (pp. 31-48). Santiago de Chile: ISIS-FLACSO Ediciones de Mujeres.
- Connell, R. (2003). Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas. En Olavarría, J. (Ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidad en América Latina* (pp. 53-67). Santiago, Chile: Ediciones FLACSO.
- Consejo de Educación Secundaria (CES). (2016). Que no quede entre nosotros. Recuperado de <https://www.ces.edu.uy/index.php/estudiantes/21540-que-no-queda-entre-nosotros>
- Consejo Nacional Consultivo de Lucha contra la Violencia Doméstica (CNCLVD). (2013). *Primera Encuesta Nacional de Prevalencia sobre Violencia basada en Género y Generaciones*. Montevideo: CNCLVD.
- De León, A. (2015). *Violencia en el noviazgo adolescente*. Montevideo: Facultad de Psicología, Universidad de la República.
- Denmark, F.; Rabinowitz, V. y Sechzer, J. (2005). Engendered psychology. *Women and Gender Revisited*. Boston: Pearson.
- EMAKUNDE- Instituto Vasco de la Mujer (2008). Los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades. Disponible en: http://www.berdingune.euskadi.eus/u89-congizon/es/contenidos/enlace/enlaces_mochila_gizonduz/adjuntos/guia_masculinidad_cas.pdf
- Estébanez, I. (2012). Del amor al control a golpe de click. La violencia de género en las redes sociales. *Revista Pedagógica Tabanque*, 23, pp. 1-5.
- Fernández, A. (1993). *La mujer de la ilusión*. Pactos y contratos entre hombres y mujeres. Bs As. Paidós SAICF
- Ferrer, V. y Bosch, E. (2013). Del amor romántico a la violencia de género. Para una coeducación emocional en la agenda educativa. *Profesorado*, 17 (1), pp. 105-122.

- Garaigordobil, M., Aliri, J. y Martínez, V. (2013). Justificación de la violencia durante la adolescencia: Diferencias en función de variables sociodemográficas. *European Journal of Education and Psychology*, 6(2), pp. 83-93.
- García, V., Lana, A., Fernández, A., Bringas, C., Rodríguez, L., y Rodríguez, F. (2017). Actitudes sexistas y reconocimiento del maltrato en parejas jóvenes. *Aten Primaria*, 50(7), pp. 398-405.
- Giddens, A. (1992). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- González, L. (2012). Género, Masculinidad y Riesgo. En: *Desvelando velos...sobre Género y Drogas: Aspectos teórico-metodológicos y Buenas prácticas de abordaje del uso problemático de drogas desde distintas perspectivas de Género*. (pp. 40-42). Montevideo, Uruguay: Junta Nacional de Drogas.
- González, R. y Santana, J. D. (2001). Violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*, 13(1) pp. 127-131.
- Instituto Nacional de la Juventud (INJU). (2017). Campaña: Noviazgos Libre de violencia. 50 días de reflexión. Recuperado de <http://www.inju.gub.uy/90532/campana:-%E2%80%9Cnoviazgos-libres-de-violencia-50-dias-de-reflexion%E2%80%9C>
- Kaufman, M. (1997). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre hombres. En: Valdés, T., Olavarría, J., editores. *Masculinidad/es: poder y crisis*. (pp. 63-81) Santiago, Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Keijzer, B (2006). Hasta donde el cuerpo aguante: Género, cuerpo y salud masculina. *Revista la manzana*, 1, 1-20.
- Lagarde, M. (2005). Para mis socias de la vida. Claves feministas. Barcelona: Horas y Horas.
- Lee, J. (1988). Love-Styles. En R.J. Sternberg y M.L Barnes (Eds). *The Psychology of Love*, pp. 38-67.
- López, A. & Güida, C. (2000). Aportes de los estudios de género en la conceptualización sobre masculinidad. En: Muñiz, A. (Compilador), *Femenino-Masculino. Intervenciones teórico – clínicas*. Montevideo: Ediciones Psicolibros.
- López, A. (2005). Consideraciones conceptuales. En López, A. (coord...), *Adolescentes y sexualidad: significados, discursos y acciones en Uruguay. Un estudio retrospectivo (1995-2004)*. (pp. 21-40). Montevideo, Uruguay: UdelaR

- López, L., & Prieto, M. (2014). Violencia en el ciberespacio en las relaciones de noviazgo adolescente. Un estudio exploratorio en estudiantes mexicanos de escuelas preparatorias. *Revista de Educación y Desarrollo*, 31, pp. 61-72.
- López-Cepero, J; Rodríguez, L; Rodríguez, F y Bringas, C. (2014). Violencia en el noviazgo: Revisión bibliográfica y bibliométrica. *Arquivos Brasileiros de Psicologia*, 66 (1), pp. 1-17.
- Makepeace, J.M. (1981). Courtship violence among college students. *Family relations*, 30 (1), pp. 97-102.
- Moreno, H. (1994). xy: la invención de la masculinidad. *Debate Feminista*, 10, pp. 299-302.
- Muñoz-Rivas, M., Gámez-Guadix, M., Graña, J., y Fernández, L. (2010). Violencia en el noviazgo y consumo de alcohol y drogas ilegales entre adolescentes y jóvenes españoles. *Adicciones*, 22 (2), pp. 125-133.
- O'Leary K. y Smith Slep A. (2003). A dyadic longitudinal model of adolescent dating aggression. *Journal of Clinical Child and Adolescence Psychology*, 32, pp. 314-27.
- OMS (2002). Informe mundial sobre la violencia y la salud. Washington, DC: OPS.
<http://www.uv.mx/psicologia/files/2014/11/Violencia-y-Salud-Mental-OMS.pdf>
- Palumbo, M. (2017). Experiencias de amor y violencia en los primeros noviazgos juveniles. *Estudios Feministas, Florianópolis*, 25(3), pp. 1329-1346.
- Pazos, M., Oliva, A. y Gómez, Á. (2014). Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. *Revista Latinoamericana de psicología*. 46 (3), pp. 148-159.
- Redondo, J., Inglés, C. y García, K. (2017). Papel que juega la edad en la violencia en el noviazgo de estudiantes de la Universidad Pontificia Bolivariana de Bucaramanga. *Divers.: Perspect. Psicol*, 13 (1), pp. 41-54.
- Rey-Anaconda, C., Martínez, J. y Londoño, N. (2017). Differences between rural and urban adolescents in dating violence. *Divers.: Perspect. Psicol*, 13(2), pp. 159-168.
- Rocha, B., Avendaño, C., Barrios, M. y Polo, A. (2017). Actitudes hacia el amor en relaciones románticas de jóvenes universitarios. *Praxis & Saber*, 8, (16).
- Rodríguez, L. y Treviño, L. (2016). Violencia en pareja, amor romántico y trabajo social. Voces desde futuros trabajadores sociales mexicanos. *Trabajo Social Hoy*, 79, pp. 99-130.

- Rubio-Garay, F., Carrasco, M., Amor, P. y López-González, M. (2015). Factores asociados a la violencia en el noviazgo entre adolescentes: una revisión crítica. *Anuario de psicología jurídica*, 25, pp. 47-56
- Safranoff, A. (2017). Psychological violence against women: What factors increase the risk of this kind of intimate partner abuse?. *Salud colectiva*, 3(4), pp. 611-632.
- Schäefer, G. (2008). Romantic love in heterosexual relationships: women's experiences. *Journal of Social Sciences*, 16(3), pp. 187-197.
- Ventura, Y., Cervera, L., Díaz, Y., Marrero, L. y Pérez, J. (2005). Violencia Conyugal en la mujer. *Revista Archivo Médico de Camagüey*, 9(5).
- Vizcarra, M., Poo, A., y Donoso, T. (2013). Programa educativo para la prevención de la violencia en el noviazgo. *Revista de Psicología*, 22 (1), pp. 48-61.
- Xóchitl, I.; Sánchez, A. y Robles, F. (2013). Relaciones entre estilos de amor y violencia en adolescentes. *Psicología desde el Caribe*, 30 (2), pp. 211-235.
- Yela, C. (2003). La otra cara del amor: mitos, paradojas y problemas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(2), pp. 263-267.